



Foto: Francisco Martínez Viadas del IES Alfonso II (Oviedo)

¿Y VALE LA PENA SER PROFESOR?

Por el doctor João Ruivo, profesor coordinador de la Escuela Superior de Educación de Castelo Branco (Portugal).



Claro que sí. ¡Y mucho! Ser profesor es la más noble dádiva hecha a la humanidad y la mayor contribución al progreso de los pueblos y naciones. Y como nadie nace profesor, es necesario aprender a serlo. Son muchos años de estudio, trabajo, sacrificio, altruismo e incluso dolor.

UN profesor tiene que aprender lo que enseña, la forma cómo lo enseña, y todo (absolutamente todo) sobre los alumnos que estarán sometidos a su actividad profesional. Pero no se equivoquen: aún con todo ello, el profesor no ha finalizado su formación. Tiene que seguir aprendiendo. El profesor soporta durante toda su vida la obligación de ser alumno de sí mismo. De mantenerse, de estar siempre atento, teniendo los pies bien afincados en el presente y la mirada puesta en el futuro.

Ser profesor obliga a no tener generación. El profesor debe saber convivir con todas ellas, con las que

lo acompañan durante cuatro décadas de carrera. Es padre, madre y Espíritu Santo. Y, para el Estado, es un funcionario que, celosamente, se obliga a cumplir todas las normas de la cosa pública.

Por todo ello, el profesor es una obra permanentemente inacabada. Es un contenedor donde siempre cabe algo más. Es un intelectual y también un artesano; es un teórico, que tiene que vivir en y con la práctica; es un sabio, aunque tiene que aprender todos los días; es un científico que se ve obligado a traducir su experimentación a mil lenguas; es un aprendiz que enseña; es un hacedor de seres y saberes;

pero es también un hombre, o una mujer, como los demás: frágil, expectante y sujeto a las más comunes vulnerabilidades.

El profesor se contenta con poco: alimenta su autoestima con el éxito de otros (a los que enseña), y eso se revela como la fórmula mágica que traduce la medida exacta de su satisfacción personal y profesional. Por eso es altruista y, frente al poder, tantas veces ingenuo y pésimo negociador.

El profesor pasa, durante el tiempo que dura el ejercicio de su carrera, por estadios profesionales de enorme madurez y maestría. Son etapas en las que la mayoría de los docentes se sienten profesionalmente muy seguros, en las que trabajan con entusiasmo, con serenidad y con madurez, y en las que, en un gran esfuerzo de inversión personal, se auto-conducen en un impulso por la renovación de la escuela y la diversificación de sus prácticas lectivas.

Infelizmente, de donde debiera surgir el apoyo, el incentivo y el reconocimiento social, hemos visto aplicar medidas políticas y expresar pensamientos, a través de palabras y de obras, que minusvaloran a los profesores, que los denigran ante la opinión pública, en lo que constituye el mayor ataque a la escuela y a los profesores perpetrado en las últimas tres décadas del Portugal democrático.

El profesor se contenta con poco: alimenta su autoestima con el éxito de otros (a los que enseña) y eso se revela como la fórmula mágica que traduce la medida exacta de su satisfacción personal y profesional

Un ataque tenaz, persistente, lesivo e injustificado que ha conducido al cuerpo docente a fases profesionales negativas, de desánimo, de desencanto, de retracción, de contestación, de estancamiento y de conformismo, lo que presagia la más duradera y grave coyuntura profesional de erosión, de malestar y desprofesionalización.

Si no fuera posible poner un fin rápido a estas políticas de agresión profesional, ojala una década baste para reponer a la clase docente en los surcos del compromiso, de la dedicación y la fuerza de ánimo que presagien el retorno al bienestar y a la búsqueda del desarrollo personal.

Ser profesor obliga a no tener generación. El profesor debe saber convivir con todas ellas, con las que lo acompañan durante cuatro décadas de carrera

Ahora lo más importante será mantener la ilusión. Los profesores forman una clase única e insustituible. La sociedad no sabe, ni puede, vivir sin ellos. El Estado democrático zozobraría sin la Escuela. El nuevo milenio atribuye a los profesores funciones y competencias indispensables para el desarrollo de la sociedad del conocimiento. El futuro hay que construirlo con los profesores y sus organizaciones. Nunca en contra o a pesar suyo.

Ser profesor es, por lo tanto, todo eso y mucho más. Es una bendición, es un gran orgullo y un honor incommensurable. El profesor ama lo que hace y no quiere ser otra cosa. Incluso si, coyuntural y extemporáneamente, dice lo contrario. Lo hace por enojo y como protesta contra los poderes que, infamemente, lo distraen de su misión principal e, injustamente, lo intentan juzgar en la plaza pública, con cobardía y faltando siempre al rigor y a la verdad.

Como diría mi colega Alen, a lo largo de la historia más reciente la sociedad necesitó que los profesores fueran héroes para que aseguraran la enseñanza en los momentos más difíciles y en las condiciones más adversas; necesitó que fueran apóstoles y aceptaran ganar poco; necesitó que fueran santos para que no faltaran aún cuando estuvieran enfermos; que se revelaran seres sensibles, para que garantizaran las funciones asistenciales, obligaciones propias de la familia y el Estado; y que, simultáneamente, se mantuviesen abiertos y flexibles para aceptar las nuevas políticas y las nuevas propuestas gubernamentales. Incluso las más ilógicas e infundadas.

Pero ahora es necesario lucidez para poder superar con éxito este reto, esta dura prueba a la que todos los días se ven expuestos y para que puedan ver como se quedan por el camino las políticas y los políticos que pretendieron humillarlos.